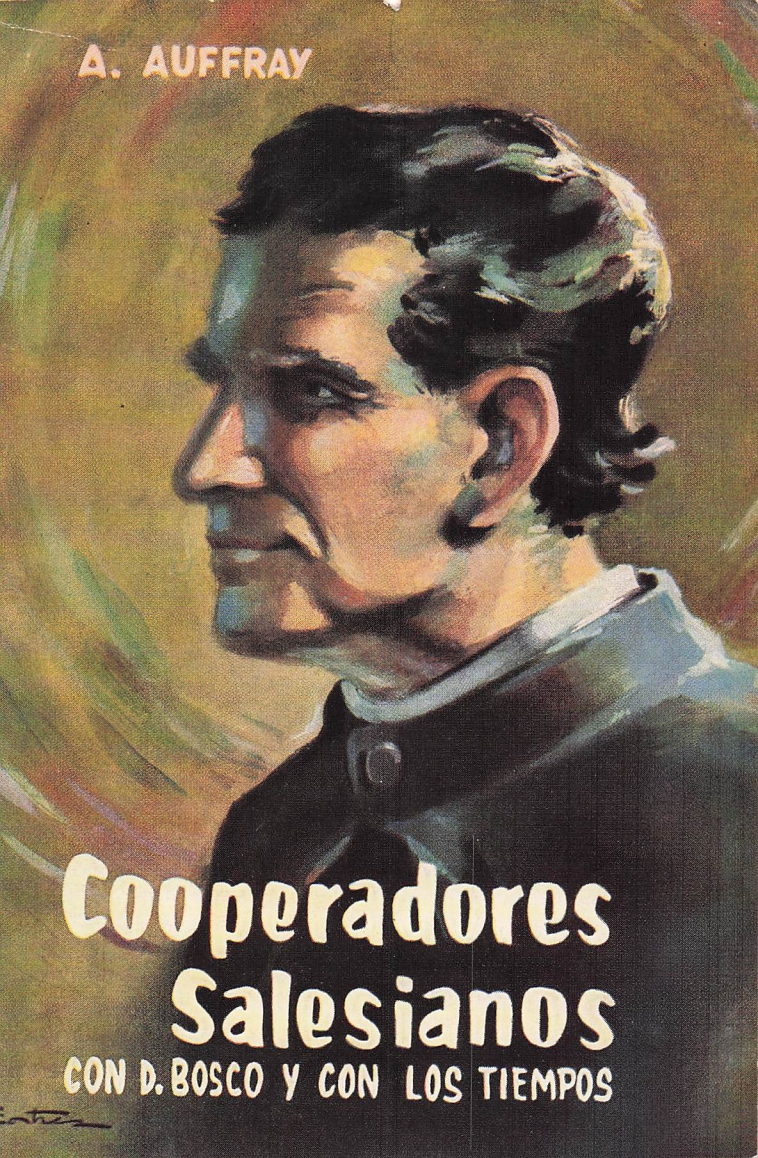
A. AUFFRAY



Cooperadores Salesianos

CON D. BOSCO Y CON LOS TIEMPOS

A. AUFFRAY

COOPERADORES SALESIANOS

CON DON BOSCO
Y
CON LOS TIEMPOS

LIBRERIA SALESIANA
BARCELONA (8)

LICENCIAS DE LA CONGREGACIÓN

IMPRÍMASE
El Inspector de la Provincia Salesiana Tarraconense
TOMÁS BARAUT
Barcelona-Sarriá, 2 de abril de 1957

OBISPADO DE BARCELONA

NIHIL OBSTAT
El Censor
FELIPE ALCÁNTARA, S. D. B.
Barcelona, 9 de abril de 1957

IMPRÍMASE
† GREGORIO
Arzobispo-Obispo de Barcelona

Por mandato de Su Excia. Rvdma.
ALEJANDRO PECH, PBRO.
Canciller-Secretario

ESCUELAS PROFESIONALES SALESIANAS - BARCELONA-SARRIÁ - 1957

Prólogo
por el Rvdmo. Rector Mayor

Estoy íntimamente persuadido de que esta monografía sobre los Cooperadores Salesianos ha de leerse con gran satisfacción, y por eso la presento con sumo gusto.

Cada día es más apreciada la Pía Unión de los Cooperadores Salesianos. Crecen por doquiera y se multiplican sus filas. Hay que reconocer que mucho se debe al augusto discurso con que Su Santidad Pío XII clausuró el Congreso Internacional de Roma en septiembre de 1952.

«Vosotros, dijo el Sumo Pontífice en Castelgandolfo, sabéis muy bien, amados hijos, que vuestra Pía Unión, brotada del prolífico tronco de la familia religiosa de San Juan Bosco y partícipe de su multiforme actividad y bienes espirituales, no tiene, sin embargo, por fin inmediato el sostenimiento de la Congregación cuyo nombre lleváis, sino más bien, según vuestro Santo Fundador, prestar ayuda a la Iglesia, a los obispos y a los párrocos, bajo la alta dirección de los Salesianos; y esto en la beneficencia, las catequesis, la educación de los niños y obras semejantes.»

Apóstol nato y suscitador de apóstoles, adivinó Don Bosco, ahora hace un siglo, con intuición de

genio y de Santo, la movilización del laicado contra los enemigos de la Iglesia. Un día del ya lejano 1876, hablando de sus Cooperadores, expresó estos audaces pensamientos: «Hoy parecen una cosa de poca monta; pero creo que con este medio una gran parte de la población italiana se salesianice de tal forma que nos abra el camino para muchas cosas.»

Lo que Don Bosco preconizaba entonces lo contemplan hoy nuestros ojos con la dulce esperanza de que sea la aurora de una desbordante expansión. Sea él quien aliente nuestros esfuerzos para realizar plenamente los designios de su celo profético.

Turín, 24 de octubre de 1954.

RENATO ZIGGIOTTI, PBRO.

Un grave problema

«El Cooperador está llamado a ser, según mi opinión, una figura de primer plano. Su «utilización», sirviéndonos de un término industrial, se impone. Es evidente que sea así.

Se ha limitado excesivamente su campo al de simple bienhechor; obra urgente, urgentísima, pero que no responde a la intención inicial del Santo.

Más que proféticas han resultado siempre las miras de Don Bosco. Si se piensa en la rápida y radical evolución que estamos presenciando, se puede preguntar si el Cooperador no constituye también un elemento esencial del apostolado salesiano, que nosotros todavía no hemos sopesado suficientemente. Pero... ¿con qué medios?»

Así escribía cierto Cooperador Salesiano de Nizza (Italia), hijo de un carísimo amigo de Don Bosco de aquella ciudad. Capta perfectamente la misión de esta *Tercera Orden, de acción* como la definió Pío XII. Traduce perfectamente el pensamiento que preocupó persistentemente al alma de un Santo: una organización local, regional, nacional, internacional, católica (universal), agrupando a la gente de bien para oponerla a la ola revolucionaria que ya se delineaba en 1850.

A esta asociación de personas selectas le asignaba un campo de acción particular, un sector íntimamente ligado con su campo específico de educador: *la juventud.*

También en esto fue profeta, porque entrevió muy bien que todas las fuerzas del mal se llegarían a coaligar en un esfuerzo formidable, preferentemente contra esta pobre víctima inocente, sin experiencia alguna de la vida: la juventud.

Y para asegurar el triunfo a las generaciones futuras, lanza el Santo su grito de socorro.

La Congregación religiosa destinada a la defensa de la juventud, era ciertamente algo; pero muy poca cosa para tan ingente labor. Necesitábanse batallones compactos y bien organizados, que bajo la guía de los sacerdotes y rezumando espíritu salesiano, se enfrentasen con la revolución que ataca simultáneamente la fe y las costumbres de la juventud pobre.

Sólo la Iglesia combatía, mas empezaba ya a ceder bajo el peso de la dura batalla. Era hora de que tropas de refresco del laicado corrieran a la lucha.

Era necesario volver a los tiempos del Concilio de Nicea, cuando clero y seglares formaban un cuerpo único, ágil y combativo, o a los tiempos de las Terceras Órdenes medievales, levadura de la cristiandad.

¿Acción Católica?, diréis vosotros.

¿Y por qué no? Pero anticipándose. No existía la palabra, mas lo esencial se conocía y se iba abriendo camino.

Por otra parte Pío XI, que tuvo luces especiales sobre los proyectos secretos de San Juan Bosco, bautizó con este nombre, en audiencia memorable, el lejano tentativo del Santo: «Actionis Cathólicae nóbile rudimentum»: encomiable esbozo de la Acción Católica (Decreto «De Tuto»).

¿Quién hubiera imaginado que la necesidad de colaboradores para su modesta obra de los Oratorios Festivos habría de dar lugar a un imponente movimiento del laicado católico? Una vez más se confirma aquello de que las grandes cosas tienen casi siempre humildes principios.

Encuadrado, sí, pero...

A mediados del siglo pasado, en 1841 exactamente, se afrontaba en Turín el magno problema de la salvación de los hijos del pueblo por el mayor amigo de los jóvenes que el mundo haya conocido. Lo afrontaba y lo resolvía San Juan Bosco.

Sueños misteriosos, que se repetían siempre de diversas formas, persuadiéronle de su providencial destino.

Jamás se vio una vocación tan precoz e iluminada como la suya. Desde la niñez sentía en el fondo de su alma un deseo irrefrenable de salvar a la juventud obrera del abandono en que se hallaba en la peligrosa edad de los diez a los dieciocho años.

Un inmenso ejército pululaba por los pueblos del Piamonte, abandonado a sus pasiones y a las de una sociedad indiferente de amos ambiciosos y familias muchas veces olvidadas de los más elementales deberes de asistencia y educación. Hasta los estudiantes, al acabar las clases, vagaban por las vías públicas, alejándose de sus casas, muchas veces sórdidas, sin diversiones sanas, ni compañías buenas, hasta sin el cariño de los padres.

Los aprendices, los obreros jóvenes, los emplea-

dos, los dependientes, etc., en las horas libres, tras una jornada de catorce horas, y en los días festivos durante todo el día, erraban por doquiera, lejos del hogar, con equívocas compañías junto a lugares de perdición; siempre dispuestos, si no al delito, a las más peligrosas aventuras.

¡Un completo abandono!

La turba crecía de año en año, porque el progresivo desarrollo de la ciudad de Turín atraía del Piamonte y de Lombardía una muchedumbre de jóvenes, y hasta de niños, que eran absorbidos por las empresas de la naciente industria.

Grousset, insigne pensador en el campo de la Filosofía y de la Historia, escribe: «En la vida de los pueblos, muchas veces, se impone el progreso a costa de dolorosos retrocesos en otros sectores.»

El nacimiento y maravilloso desarrollo de las grandes ciudades industriales modernas, *ciudades hongos,* como acertadamente se las ha llamado, se ha pagado a muy alto precio. Estas urbes tentaculares, como las denomina Verhaeren, han absorbido del campo y poblaciones vecinas a treinta, cuarenta y hasta a cincuenta kilómetros de radio, la obra de mano que necesitaban, que absolutamente necesitaban. Estos pobres trabajadores, especialmente adolescentes, privados de repente de las defensas naturales de la familia, la Iglesia y el sereno ambiente del campo con sus costumbres sanas, se encontraron moralmente abandonados en el caos de esas ciudades, víctimas de todas las tentaciones inherentes a la miseria: vicio y hurto.

¿Puede haber mal peor que la juventud concentrada en lugares peligrosos, una juventud *sin raíces*, como decía Barrés?

¡Sin amigos, sin defensa alguna, sin organizaciones católicas para las horas de mayor peligro! Hasta el clero se desinteresaba, por aquel entonces, de esta porción tan simpática de su grey! *Oves errantes sine pastore*.

Don Bosco se percató de este doloroso estado de cosas visitando las barracas en donde se hacinaban familias de ocho, diez, doce y más personas, respirando aire mefítico y en auténtica escuela de vicios por su promiscuidad.

Allí germinaba la semilla del futuro condenado a galeras. Más tarde esa mala semilla daría amargo fruto: los candidatos a alguna de las cuatro cárceles de la ciudad.

El Santo iba también allí para llevar con su visita el consuelo a los pobres reclusos. Descorazonador era el cuadro que ofrecía la multitud de jovencitos, prematuros delincuentes, mezclados con verdaderos tipos del hampa, los cuales completaban la obra corruptora iniciada sólo en parte.

Cuando, al atardecer, iba por alguno de los prados de las afueras, sumido en sus tristes pensamientos, topaba con aquellos adolescentes, abandonados a sus instintos groseros, sin cuidado alguno de sus progenitores, despreocupados o débiles. Unos reñían y alborotaban; chispeaba en los ojos de otro la broma soez y baja. Jugaban unos su poco dinero a las chapas, otros a las cartas, mezclando los juegos con la salsa picante de sus pro-

caces y desvergonzadas blasfemias. Triste cuadro, lógica consecuencia del abandono de la masa juvenil en sus años más difíciles.

El buen sacerdote se acercaba a ellos, pero unos huían, otros le insultaban groseramente y el resto seguía indiferente sus entretenimientos y peligrosos juegos.

¡Entonces se quedaba él triste y desolado!

Pero vino un día en que no pudo ya contener el torrente de su ternura sacerdotal: como iluminado por una inspiración divina, se lanzó a la obra. Comenzó con uno; fueron luego seis, después diez, veinte, ciento; varios centenares, finalmente, y millares más tarde.

Un joven sacerdote, dinámico, activo, simpático, de penetrante y abierta mirada, sonriente, ponía al servicio de aquella juventud en la que nadie había pensado todo su talento, sus fuerzas, su peculio; pero, sobre todo, ¡su corazón, su gran corazón!

La atraía con juegos limpios y honestos, porque sabía muy bien que la diversión, el movimiento, la vida libre y la algazara son el alma de la juventud, su modo característico de mirar y descubrir el mundo.

Abría de par en par la puerta de su despacho; a toda hora y momento estaba a disposición de los jovencitos; se interesaba por sus preocupaciones y cosas, aun las más simples, pequeñas e intrascendentes, alegres o dolorosas. No vivía más que para ellos, para arrancarlos de la miseria y del vicio.

Amaba a aquella muchedumbre de jóvenes y quería que se percatasen y sintiesen la irradiación

de su amor y ternura; de tal forma, que los abandonados de antes y faltos de todo cariño volaban, fascinados, hacia el amigo verdadero.

Haber hallado un amigo, un verdadero amigo, siempre a su entera disposición y para todo, era un hecho tan nuevo e insólito, se grababa tanto en sus espíritus y con tal hondura, que ya no abandonarían a Don Bosco. Día a día empezó a crecer su obra hasta alcanzar proporciones insospechadas.

Al año siguiente se vio obligado, para descongestionarla, a organizar otra obra similar en la parte opuesta de la ciudad; y una tercera, algo más tarde, que formó un triángulo con las anteriores, en otra barriada abandonada. Todo esto a pesar de graves pruebas, innobles persecuciones, a pesar de cuatro expulsiones de otros tantos locales; es ésta la etapa ambulante de su obra buscando un techo, un rinconcito de iglesia o un patio cualquiera.

Lejos de paralizar su entusiasmo, los obstáculos le reafirmaban más profundamente. Forzado por la necesidad —la función crea el órgano— pone en marcha todos los sectores de las variadísimas actividades de un Oratorio Festivo en plena forma. Piensa no sólo en los juegos y diversiones, los cantos y ceremonias de la capilla, sino en la colocación de los sin trabajo, en los vestidos para los desharrapados; lleva su consuelo a los aprendices enfermos en los hospitales; fomenta escuelas nocturnas para los analfabetos, enseña canto, declamación, da vida a todo lo que atrae, fascina e ilusiona a los jóvenes. En fin, hace todo cuanto puede para

convertir su obra en una verdadera familia. Cuanto puede fomentar la felicidad de sus hijos lo pone en práctica con el único fin de ligarlos más íntimamente a su gran corazón.

¿Quién puede imaginar las fatigas y el dinero que todo esto requería?

El dinero iba llegando para cubrir las deudas creadas en espera de que la Providencia viniera en su ayuda. Y nunca falló. Pero, ¿y las fatigas? Existe siempre un límite que no es posible rebasar.

Los jóvenes, en plenas fuerzas, robustos, avezados al sacrificio, animados por un celo ardoroso, van resistiendo; pero los músculos humanos, excesivamente cansados, vienen un día a menos y los órganos vitales ceden exhaustos.

Esto sucedió al Santo. Se fió demasiado de sus fuerzas y cayó abatido, fulminado por una grave pulmonía.

Le había faltado la ayuda para aguantar aquel trabajo agotador.

¡Ayuda! ¡Ayuda!

¿Quién no comprende que era absolutamente imposible proseguir sin colaboradores, asediado como se hallaba por centenares de jóvenes?

Es de justicia advertir que la cooperación no le había faltado de un modo absoluto. La prueba está en que durante su enfermedad y prolongada convalecencia la obra siguió adelante, porque Don Bosco había tenido el acierto de buscarse colaboradores entre los muchachos del Oratorio y aun entre los niños más activos y voluntariosos. Nos lo confirma en sus memorias: «Mi objetivo era, evidentemente, ayudar a los jovencitos en peligro; por eso, a fin de asegurar la disciplina y el orden, me vi obligado a valerme de aquellos jovencitos de mejor conducta, que eran más seguros e instruídos en la fe.»

Intervino, de manera palpable, la Providencia dándole la cooperación preciosa del Teólogo Borel, celoso sacerdote, alma piísima, de corazón inflamado de amor a Dios, con no escasas ocupaciones, pero que se entregó con ardor al servicio del Oratorio. Además llevóse consigo a su madre, todavía fuerte, que durante diez años le liberó de todos los cuidados materiales de la casa.

Añádase a esto que, de vez en cuando, colaboraron celosos sacerdotes de las parroquias vecinas, prestándose para las confesiones, celebración de la Santa Misa, catequesis y asistencia. Pero esta cooperación era fluctuante. Don Bosco necesitaba personal propio y estable, impregnado de su espíritu y consagrado enteramente a su obra. Sabía, en efecto, por inspiración de lo alto, que llegaría a contar con ese personal en día no lejano; no obstante no se creía dispensado de trabajar para creárselo. «Ayúdate y Dios te ayudará», pensó siempre el hombre de Dios.

Antes aún de la consolidación definitiva de la Obra y su sorprendente expansión, había pensado formarse este núcleo de jóvenes colaboradores. Cuatro veces había encaminado hacia el sacerdocio algunas vocaciones que se presentaban prometedoras. Cuatro veces le falló; uno a uno iban desertando. Ninguno se quedó con él. Sólo tuvo el consuelo de regalar al seminario dos clérigos. Resultado descorazonador.

Dirigióse entonces a los sacerdotes que esporádicamente le habían ayudado con tanta generosidad, e intentó formar con ellos una comunidad embrionaria. Tampoco lo logró. La vida común con su frugalidad y sujeción los espantó.

Por fuerza hubo de tornar a la primera idea. Le decía el corazón que aquel grupito de fidelísimos muchachos por él escogidos, educados y seleccionados se le unirían para no abandonarle jamás. Infatigable y tenaz fue cuidando aquel grupito escogido entre los oratorianos: Rúa, Cagliero,

Francesia, Turchi... Perseveraron todos. Pero había de pasar todavía mucha agua bajo los puentes del Dora y del Po antes de que estuvieran completamente formados para poder actuar.

¿Quién llenará aquel bache y colmará su vacío? ¿Dónde encontrar ayuda inmediata, urgente, adecuada y competente hasta que ellos completaran su carrera formativa?

¡El Señor proveería! Enternecido por la agotadora y tenaz labor de su fiel Siervo, le preparaba en la sombra, en la acogedora dulcedumbre de las familias acomodadas, en talleres y oficinas, tiendas y almacenes, una «elite» de inesperados colaboradores.

Mas... nos hallamos ahora ante una bellísima historia que bien merece los honores, por lo edificante, de un capítulo aparte. Nos introduce en el corazón del problema de la conquista de la juventud obrera para Dios; y nos llevará más lejos, mucho más lejos aún.

¿Por qué estáis ahí ociosos?...

Cada año, llegado el verano, no obstante sus apremiantes ocupaciones, solía retirarse Don Bosco una semanita en el santuario de San Ignacio, cerca de Lanzo.

Sus vacaciones consistían en variar de ocupación. No iba allí, en efecto, para una distensión de nervios, sino para afrontar otra forma de apostolado: los Ejercicios Espirituales. Solía ceder a las vivas insistencias de su confesor, don Cafasso, el futuro San José Cafasso.

Curiosa es la historia de aquel santuario, colocado a novecientos metros de altura, en la confluencia de dos grandes valles. Su encantadora posición, unida a la dulzura del clima, hacía de aquel bello mirador un lugar inigualable para el retiro y la plegaria.

Construído en el siglo XVII por la honrada población de los contornos, lo habían donado a los Padres Jesuítas, los cuales hasta el año 1779, en que fue suprimida la Compañía de Jesús, lo hicieron meta de grandes peregrinaciones.

Entonces el santuario y propiedad aneja, una colina cubierta de encinas seculares, pasaron a la Curia arzobispal. Mas por la injuria del tiempo

y la falta de capellán, la iglesia y el edificio contiguo empezaron a cuartearse.

Hacia el año 1810, dos almas de Dios, el teólogo Guala y don José Cafasso, le dieron nueva vida con el fin concreto de recoger en julio y agosto —meses de calor infernal en Turín— almas generosas de sacerdotes y seglares preocupados por meditar en los grandes problemas de la fe, ante Dios y en medio de un ambiente tan delicioso y pintoresco. Restauraron el santuario, multiplicaron las habitaciones para ejercitantes, rehicieron artísticamente el claustro, y, sobre todo, sustituyeron el camino de herradura por una amplia carretera de más de ocho kilómetros.

Cuatro retiros, dos para sacerdotes y dos para seglares, se daban todos los años en aquel oasis de paz y de verdeante paisaje. Solía llevar todo el peso de la predicación San José Cafasso. Mas algunas veces llamaba a su discípulo y penitente Don Bosco, el cual iba muy gozoso y predicaba y confesaba con tanto celo apostólico, que era el más solicitado.

El Santuario de San Ignacio juega un papel de primer orden en la vida del Santo de los jóvenes, no sólo porque Don Bosco hallaba en aquella soledad acogedora la calma y recogimiento que precedían a las grandes decisiones y grandiosos proyectos, sino porque especialmente, por razones del sagrado ministerio, entablaba conocimiento y amistad con lo más selecto del «ceto» sacerdotal y seglar, que le servían de grande ayuda más tarde, y porque adquiría una experiencia preciosa, que lue-

go había de serle utilísima para dar prudentes y sabios consejos.

El hecho es que aquellos caballeros y sacerdotes de Turín, que representaban todas las esferas sociales: la aristocracia, la clase media y la menestral, subían allí para aislarse durante una semana, preocupados exclusivamente de las necesidades de su alma; ejemplo admirable de fe profunda y ardiente.

Hemos sido testigos nosotros mismos de la admirable vida cristiana de algunas familias de la antigua Nobleza de Turín. Citaremos el caso del Marqués de Fassati, cuyos títulos heredó luego el Barón Ricci. La vida de aquella gran casa y familia discurría como la vida de un cenobio. Las personas de servicio infaliblemente oían todos los días la Santa Misa en la parroquia vecina; por la noche rezaban el rosario en torno a los señores. No faltaba tampoco la conveniente lectura espiritual que las mujeres escuchaban de labios de la señora de la casa. Aquella atmósfera estaba empapada del espíritu más delicado del Evangelio.

En contacto Don Bosco con estos selectos ejercitantes, socios todos de las Conferencias de San Vicente de Paúl, fundadas por él y Silvio Péllico el año 1850, descubrió una exuberancia de vida cristiana verdaderamente rara; pero también, con gran maravilla, se encontró con una actividad apostólica lamentablemente mezquina. Todo se hallaba circunscrito al ámbito de la casa y la familia.

Don Bosco se decía: «He aquí unas personas buenas que disponen de cinco admirables riquezas

—tiempo libre, dinero, prestigio social, una cultura religiosa no común y competencia de todo género— y no las emplean para nada. A pocos pasos de ellos, tal vez en su mismo barrio, se halla toda clase de miseria. ¿Qué excusa podrán dar para no atenderla? No lo saben. No es cuestión de mala voluntad; ignoran realmente la existencia de tanta necesidad y hambre, por la sencilla razón de que sólo salen de casa para mantener sus relaciones sociales o por asuntos de familia. Y para valorar las preciosas riquezas de que disponen no tienen más documentación que la pobre idea de unas chozas, visitadas por los miembros de las Conferencias de San Vicente de Paúl. Demasiado poco en realidad.»

Entonces, con evangélica sencillez, se les acercó y con su dulzura y habilidad, les preguntó: *Quid statis hic otiosi?* ¿Qué hacéis aquí, mano sobre mano, cuando en mi casa hay tanto trabajo, tantos campos sin brazos para la siembra y la recolección? ¡Venid, pues, a haceros querer de mis jovencitos, dándoles lo que os sobra!

Y fueron. Señores de la alta sociedad y obreros humildes: el Marqués Fassati, los hermanos de Maistre, el Conde Cays, el Conde Callori, el Conde de Camburzano, el Marqués de Scarampi... y hasta el droguero Melanotte, el carpintero Coriasso, el joyero Ritner, el comerciante Scannagatti y el fontanero Ferrero... todos, personas que tenían mucho tiempo libre. Es increíble el bien que hicieron a los niños de Don Bosco, ya como catequistas, maestros diurnos y nocturnos, ya como maestros

de canto, de lenguas y matemáticas; buscándoles colocación en las empresas de la ciudad, visitándolos en los lugares de trabajo o en los hospitales si se hallaban enfermos; fomentando sanas diversiones, llevando los registros y mil cosas más.

Ellos daban mucho al Santo, pero recibían también muchísimo de él. En aquella amorosa fusión de todas las clases sociales —Nobleza, artesanía y pueblo— la ley de la mutua compensación funcionaba maravillosamente.

De «arriba» bajaba el dinero, la finura de trato, la generosidad; de «abajo» subía el amor al trabajo, la habilidad de las manos, la admiración y la gratitud... el respeto, la docilidad, el estímulo por mostrarse dignos de tales bienhechores: todo un conjunto de nobles sentimientos que conserva el pueblo en su corazón cuando no ha sido todavía contaminado por falsas ideologías.

Los «ociosos» de ayer no sabían cómo agradecer a Don Bosco la alegría inmensa de sentirse útiles. ¡Ah, si hubieran podido vislumbrar que ellos eran el germen de un inmenso ejército que, al correr de los tiempos, había de llenar el mundo con el fulgor de su caridad en favor de la juventud pobre y abandonada!...

Los santos van muy lejos

Con la iniciativa de la organización de los seglares de varias clases sociales, lograba Don Bosco tres cosas principales: *a*) Llenar el espacio que le separaba de la constitución del primer grupo estable de hijos espirituales, los primeros salesianos. *b)* Dotar a sus tres Oratorios de personal fijo, dispuesto y generoso, en toda la extensión de la palabra. *c)* Reemprender un gran proyecto que ya había iniciado después de la Revolución del año 1848.

Por aquellos años, como ya se sabe, casi en todas partes, y sobre todo en Italia, los gobiernos concedieron a sus pueblos las libertades constitucionales, que, si por una parte tenían ventajas indiscutibles, por otra abrían la senda a todas las formas de liberalismo y lanzaban las ideas filosóficas del siglo XVIII y del enciclopedismo hasta las últimas y más extremadas consecuencias políticas y religiosas.

Desde entonces intuyó Don Bosco, con profética mirada, los peligros que correrían el Papado, en aquella Italia ansiosa de unidad nacional, y toda la Cristiandad en sus bases tradicionales.

Las ideas más revolucionarias, manipuladas por

los seudopensadores del siglo anterior, iban incubándose para lanzar insensiblemente a los pueblos hacia la meta final: la subversión mundial.

Para combatir todas las fuerzas del mal, coaligadas, organizadas y conducidas por Satanás, *rector huius saéculi,* como le llama San Pablo, era evidente que debían juntarse todas las fuerzas del bien; porque por una parte el Clero, tanto regular como secular, era insuficiente para las múltiples formas de apostolado que tomaba cada día nuevos aspectos; por otra, la sotana constituía un obstáculo para poder entrar en ambientes hostiles. Surgía, por tanto, la necesidad de cuadros de vanguardia formados por el elemento seglar dispuesto a infiltrarse por doquiera con las armas más modernas, principalmente la prensa, la palabra ardiente y avasalladora. Una táctica que evocaba los tiempos del pobrecito de Asís.

¿Cómo hacer frente al peligro? ¿Cómo soslayarlo si no era posible vencerlo?

Sólo un medio había para alcanzarlo: una asociación, completamente libre, de seglares católicos, bien organizados en torno a sus dirigentes, dotados de iniciativas y responsabilidades precisas y concretas. La movilización de los seglares empezaba a imponerse y delinearse.

Fue Don Bosco el primero en comprenderlo en aquel Piamonte infestado de sectas de todo género. Con el consejo de venerables y expertos sacerdotes, escogió siete caballeros turineses, hombres de fe sólida, de reconocida actividad, hábiles polemistas; los reunió y discutieron juntos la oportunidad

de la asociación, sus objetivos inmediatos y el programa concreto de acción.

Una vez reunidos, se trataron dos puntos esenciales: 1.º Había que ampliar el primer grupo inicial hasta formar un ejército aguerrido y numeroso cuyo cometido había de ser, siempre dentro de los medios legales, adecuados y morales, oponerse varonilmente al progreso del mal. Ejército de movilización que debía hallarse siempre presente en todos los lugares y momentos que se le requiriese para toda obra material y moral. Empresa delicada y prudente, pues podría suceder que se infiltrasen falsos hermanos los cuales, con fingida hipocresía, provocasen la disgregación interna. 2.º Era imprescindible y norma irrevocable que la asociación conservase el carácter puramente seglar, para mayor agilidad y desenvolvimiento en el trabajo; y aun para evitar se la tachara de entidad al servicio del Clero.

¿Qué fue de aquella primera tentativa de acción católica en el más amplio y eficaz estilo, que en el año 1850 fue llevada a cabo por siete seglares de Turín y por dos sacerdotes: Don Bosco y el teólogo Borel? No nos es dado saberlo. Debió de tener escasa vida, porque no nos queda indicio alguno de más reuniones o actividades.

Eran tiempos extremadamente difíciles los que atravesaba el Piamonte, sobre todo desde el punto de vista religioso: se multiplicaban las leyes anticlericales, se extendía cada vez más el espionaje de la policía secreta; todo lo envenenaba la sospecha política. ¡Quién sabe si todo ello, unido a la

novedad de la iniciativa, tal vez alguna denuncia, no iría espaciando las reuniones de aquellos caballeros, hasta terminar poco a poco con la muerte de la asociación!...

Otra tentativa audaz

El aparente fracaso anterior no desanimó a Don Bosco, hombre tenaz y práctico.

Por instinto, si no era por inspiración del Cielo, presentía que había sonado la hora del laicado en la Iglesia; que llegaba el momento de la organización del apostolado seglar.

Durante algunos años acarició su mente una idea de audacia extraordinaria.

Por consejo de su Arzobispo, de su director espiritual y consejero íntimo, don Cafasso, del mismo Sumo Pontífice y, cosa extraordinaria, de varios políticos italianos, alguno de ideas completamente anticlericales, iba madurando la idea de una Congregación religiosa que ya el año 1858, en su primer viaje a Roma, había sometido al juicio de Pío IX.

El Pontífice le devolvió unos días más tarde el manuscrito de las Reglas con correcciones de su puño y letra, animándole a presentarlo en seguida a la competente Congregación romana.

Prefirió, con todo, el Santo esperar algunos años más para experimentar, con su aplicación práctica, las Reglas de la nueva Congregación. En 1864 partió de nuevo para Roma con un segundo manus-

crito que presentaba modificaciones sustanciales, fruto de las sugerencias del Papa y de la experiencia de seis años de trabajo incansable en contacto directo con la juventud.

Durante este tiempo, como ya hemos dicho, viéndose impotente para llevar él solo el cúmulo desbordante de actividades, requirió la ayuda y concurso de algunos seglares para sus oratorios, internados, externados y escuelas profesionales.

Esta cooperación dio un desarrollo maravilloso a su obra. Era el caso, pues, de encauzarla de forma concreta y estable. Por eso, cuando volvió a Roma con el texto definitivo de las Constituciones, la incorporaba a su Congregación dándole forma regular, en el capítulo XVI.

Llamaba a estos colaboradores *socios externos;* algo así como salesianos de la calle; religiosos verdaderos, pero con una modalidad nueva y original: religiosos sin vida de comunidad, que habían de actuar su ideario en medio del mundo.

Con este capítulo de sus Reglas, se anticipaba en medio siglo a ciertas iniciativas de vida religiosa laical y seglar: a los Institutos Seculares que han surgido en estos últimos tiempos.

Organizaba de esta forma el laicado, aunque se hallara sujeto a los vínculos sagrados del matrimonio. Sólo los santos pueden tener iniciativas tan geniales, que no se creerían si no existieran los textos que garantizan la autenticidad de su atrevida concepción.

Decía así dicho capítulo XVI:

1.º Cualquier persona, aun viviendo en el siglo,

en su propia casa y con su familia, puede pertenecer a nuestra Sociedad.

2.º No hace votos, pero ha de procurar practicar aquella parte de las Reglas que sea compatible con su estado y condición, por ejemplo, promover la catequesis en favor de los pobres, la difusión de la buena prensa; fomentar la piedad con triduos, novenas, ejercicios espirituales u otras obras de caridad para el bien espiritual de la juventud y del pueblo.

3.º Para participar de los bienes espirituales de la Sociedad es preciso que el socio haga al menos promesa al Rector Mayor de practicar el apostolado que éste juzgare de mayor gloria de Dios.

4.º Dicha promesa, sin embargo, no obliga bajo pena de pecado, ni siquiera venial.

5.º Todo miembro de la Sociedad, que por cualquier motivo razonable tuviese que salir de la misma, será considerado como miembro externo y puede participar de todos los beneficios de la Sociedad, con tal de que practique lo prescrito para los socios externos.

Una cosa nunca oída, como se puede ver. Cristianos que viven en el mundo, casados, padres de familia, cumpliendo sus deberes profesionales, desempeñando sus negocios normales; pero que llevan una vida verdaderamente cristiana y colaboran, en la medida de sus posibilidades, en las obras fundadas por el Santo y son al mismo tiempo religiosos, en el sentido más real de la palabra, vinculados con una promesa formal a una Congregación religiosa aprobada por el Papa.

Considerados por los Salesianos como hermanos, puesto que tales eran en realidad, participaban de todos los tesoros espirituales de la Sociedad y figuraban real y nominalmente entre los socios efectivos de la misma.

Las dificultades prácticas en las relaciones mutuas entre los socios internos y los externos, las habrían solucionado admirablemente la buena voluntad de todos, las orientaciones del Sumo Pontífice y, sobre todo, el don de practicidad en todas las cosas que caracterizaban a Don Bosco.

¡Socios en comunidad y socios externos! ¡Salesianos dentro de los grandes colegios y salesianos efectivos también en plena calle, en el mundo! ¡Sueño atrevido! ¡Pero sueño de un Santo que vivía en su tiempo para el futuro! ¡Ideal de un precursor capaz de convertirlo en realidad!

Pero, ¿no encontraría oposición en la Curia Romana? Una Congregación religiosa tan singular, aunque completamente realizable, ¿era posible que surgiera entonces y floreciera en la vida de la Iglesia?

¡He aquí una serie de interrogantes que brotaban espontáneos!

Disco rojo al capítulo XVI

¿Cuál fue la suerte del temerario Capítulo XVI ante la Comisión romana que examinó el manuscrito del Santo? Fue eliminado totalmente.

El 12 de febrero de 1864 presentaba Don Bosco el texto de las Reglas y el día 23 de junio del mismo año le llegaba la respuesta de la autoridad competente. Era una cuasi-aprobación, un «decreto de alabanza», como suele decirse. Pero le sugerían trece correcciones.

El Santo aceptó nueve sin dificultad; pero las otras cuatro le dejaron perplejo, porque iban en contra del plan orgánico de su Instituto. Entre las cuatro, y a la cabeza de ellas, estaba el famoso Capítulo XVI, cuya supresión se imponía de modo absoluto.

Las razones alegadas eran que constituía una novedad y que en aquellos tiempos de materialismo rabioso y desbocado podrían originárseles a los religiosos graves inconvenientes y molestias, si no sucedía algo peor.

El hombre de Dios no dio su brazo a torcer. En la memoria que envió a Roma respondiendo a las observaciones formuladas, para justificar su idea y obtener la aprobación definitiva, decía: «Todas

las Congregaciones y Órdenes religiosas tienen sus *terciarios,* amigos y bienhechores que poniéndose completamente a su servicio aspiran, aun permaneciendo en el mundo, a una vida más perfecta. Por esta razón, insisto en mantener el Capítulo XVI en el texto de las Constituciones Salesianas; y si no puede ser en el cuerpo de las mismas, por lo menos como un apéndice.»

¿No esperaría Don Bosco, que andando el tiempo, este apéndice entrara de nuevo, como a hurtadillas, en el texto, con su auténtico título de Capítulo XVI?

¡Puede que sí!

La Comisión romana no contestó a esta memoria justificativa. ¿Para qué, si el manuscrito debía volver a ella con las correcciones sugeridas?

En 1873 el texto discutido partía para Roma, esta vez en latín, según es costumbre para la aprobación definitiva.

El famoso Capítulo XVI figuraba como apéndice. Don Bosco probaba fortuna esperando cerraran un ojo sobre aquel pobre capítulo perdido allá al final como si no tuviera derecho a la vida, pero quedando su idea en pie.

En las altas esferas se comentó bastante la dulce obstinación del Santo; se le hizo saber por sus íntimos que si se empeñaba en mantener aquel Capítulo XVI, aunque no fuera más que como apéndice, comprometía seriamente la aprobación de las Reglas de la naciente Congregación.

Hubo que ir volando a la tipografía de «Propaganda Fide», que estaba imprimiendo apresurada-

mente el texto latino; parar las máquinas, suprimir el apéndice, compaginar de nuevo y seguir la tirada. Así quedó sepultado un audaz y atrevido proyecto, que habría tenido gran fortuna en nuestros días en que se aprueban los Institutos seculares como forma providencial del apostolado del momento.

Tenían que pasar algunos lustros para que madurara la idea y se trocara en realidad.

La idea fija

El fracaso del proyecto de Asociación Católica de seglares debió de ser hondamente sentido por Don Bosco.

Pero mucho más hubo de sentir el de 1864.

Había puesto todas sus esperanzas en él; había creído firmemente poder organizar un magno ejército de seglares, consagrados enteramente a una causa que reclamaba con urgencia tropas de refuerzo y de relevo para más adelante.

Con su gran perspicacia, veía avanzar amenazadora la revolución; presentía la labor destructora de la prensa impía e inmoral, y estaba seguro del asalto formidable que las sectas, también las religiosas —los valdenses por ejemplo— se aprestaban a lanzar contra Roma y contra el Catolicismo. Si los hombres de bien no se coaligaban formando un frente único y compacto, ¿qué quedaría de la fe en el Piamonte, Lombardía y otras regiones?

La idea de la unión de todos los seglares formando un bloque en torno a la Jerarquía no cesaba de torturarle como una pesadilla. Bloque contra bloque.

«¿Hay algo más débil que un hilo de esparto? Multiplicadlo por tres y no lo romperéis.»

Este pensamiento de la Sagrada Escritura aparece frecuentemente en sus escritos.

Las fuerzas de las tinieblas no se rendirán sino cuando se encuentren frente a frente con fuerzas iguales, decididas, audaces, agrupadas bajo un programa bien concreto de acción católica.

Estuvo a punto de realizarlo en 1850. Falló por la incercia y cobardía de los buenos: indecisos, vacilantes... Tampoco tuvo éxito el intento del año 1864. Pero volvió por tercera vez a la carga. Un santo no se rinde jamás, sobre todo cuando la idea es inspirada por Dios.

Del 1873 al 1875 maduró su espíritu reflexivo un tercer proyecto de movilización del laicado. Y esto era lo que se necesitaba.

Cuando lo tuvo bien elaborado, hombre prudente, fue a aconsejarse. Aprovechó una reunión de sus colaboradores y de los Directores de las Casas Salesianas, en Lanzo, para exponer sus planes y requerir su parecer.

Se le opusieron todos.

—No, Don Bosco; no piense en eso. ¿Asociaciones religiosas? ¿Hermandades y cofradías? Nadie quiere oir hablar de ello. Ni siquiera la gente buena lo tolera. Sólo las defiende el Clero, y no todos; sólo los más anticuados y retrógrados. Es lógico. Ha pasado ya su tiempo. Flota en el ambiente demasiado anticlericalismo. Iría usted a un fracaso rotundo.

—No me habéis comprendido bien —replicó el Santo—. Mi proyecto no es una hermandad o cofradía. Sé muy bien que no gozan de favor en

nuestros días. La vasta y amplia asociación que proyecto es una Tercera Orden, pero muy diversa de las antiguas. En la Edad Media se ligaban a las Órdenes Religiosas de que dependían con vínculos espirituales: rezo del Oficio Divino, determinadas prácticas de piedad, reuniones y conferencias espirituales. La mía será una Orden Tercera de acción, ligada a nosotros por la misma finalidad y el mismo ideal salesiano: salvarse salvando a la juventud pobre y en peligro.

—¡Ah!, si es así —exclamó la asamblea—, comience pronto.

Y Don Bosco empezó...

¡Finalmente!

¡Admirables son los caminos de la Providencia! Por caminos errados conduce a Don Bosco, sin que él lo advierta, a la misma gloria del Patriarca de Asís o de Domingo de Guzmán que nos han legado sus triples familias religiosas. También él fundó una Congregación con tres florecientes ramas.

Del 1875 al 1876 nace precisamente la tercera: los Cooperadores Salesianos. La segunda, las Hijas de María Auxiliadora, había surgido el año 1872.

Mucho pensó y meditó el Santo; meses y meses dio vueltas a su tercera, llamémosle así, *aventura espiritual* hasta dejarla perfilada definitivamente.

Poseemos al menos cuatro reglamentos distintos de esta Asociación, llenos de retoques, enmiendas, correcciones y modificaciones importantes hasta llegar al texto definitivo.

No es que la idea de Don Bosco estuviese más o menos confusa en un principio, sino que no había renunciado completamente a su proyecto del 1864, el famoso Capítulo XVI. Nos lo demuestra esta doble observación del primero de dichos manuscritos:

«Se pretende crear esta asociación para satisfa-

cer el deseo de muchas personas que viven en el mundo.

Su finalidad es doble: *primero,* brindar un medio de perfección espiritual a todos los cristianos que no pueden abrazar la vida religiosa; *segundo,* ofrecerles ocasión de participar en las obras salesianas, para gloria de Dios y salvación de las almas.»

Está clarísima la idea del Santo: este tercer cuerpo de ejército, compuesto exclusivamente de seglares, que pronto iba a aprobar la Santa Sede, se coaligaba voluntariamente con la acción salesiana; se comprometía, en la medida de lo posible, a la observancia de sus Constituciones como cristianos de acción que, no pudiendo ser religiosos por la edad, condición social, falta de vocación o por falta de salud, querían ser apóstoles.

Podríamos sintetizar el pensamiento del Santo sobre esta tercera creación suya, con esta expresión: «Salvarse salvando almas, especialmente de jóvenes, laborando en estrecha colaboración con los Salesianos, y adoptando los mismos métodos que la Sociedad de San Francisco de Sales.»

Asignaba a su apostolado en aquellos momentos cinco objetivos prácticos y concretos: enseñanza de la doctrina cristiana; fomento de vocaciones; difusión de la buena prensa; cuidado de los niños con los medios aptos para acercarlos al sacerdote; piedad en el pueblo; ayuda económica para sostener las obras benéficas, especialmente la educación de la juventud pobre y en peligro.

Pero su ideal no paraba ahí, miraba mucho más lejos.

Quería que sus cooperadores llegaran a formar una vasta organización de elementos escogidos y seguros al servicio de la Jerarquía eclesiástica, doquiera se encontrasen.

Un día de 1884, el Obispo de Padua afirmaba que Don Bosco, con sus Cooperadores, pretendía llegar a toda la juventud y, al mismo tiempo, trabajar eficazmente por la restauración cristiana de la sociedad. Cuando el Santo leyó el artículo, exclamó alborozado:

«¡Éste es cabalmente mi pensamiento! Mucho he meditado sobre la fundación de los Cooperadores: su verdadero fin no es ayudar a los Salesianos, sino más bien a la Iglesia, a los Obispos y a los párrocos, en cualquier obra de apostolado en favor de la juventud pobre. Nosotros recurriremos a ellos cuando nos urja la necesidad, pero ante todo ellos son instrumento de bien en manos del Episcopado.»

Cómo se descubre en estas palabras al hombre que en el día de la ordenación sacerdotal de don Miguel Rúa, su brazo derecho y más tarde sucesor, le daba esta consigna: «Da entrada generosa en tu corazón a los suspiros de todos los pueblos.»

Los horizontes de su apostolado no podían quedar limitados por las paredes de la propia casa, ni por los muros de su ciudad, ni siquiera por los confines de la patria; su apostolado abarcaba el mundo en un inmenso abrazo de amor.

Lo puso de relieve el Papa, Pío XI, en los discursos de antes y después de su canonización. Lo reafirmó luego Pío XII, de una manera solemne, el

día 12 de septiembre de 1952 en el discurso dirigido a los Cooperadores en Castelgandolfo al final del XII Congreso Internacional de la Pía Unión: *Apóstol nato y suscitador de apóstoles, Don Bosco adivinó, ahora hace un siglo, con la intuición del genio y de la santidad, aquella que debía ser más tarde en el mundo católico la movilización del laicado contra la acción del mundo, enemigo de la Iglesia. Así, un día del lejano 1872 el hombre de Dios, hablando de sus Cooperadores, pudo expresar estos audaces pensamientos: «Ahora parece una cosa de poca monta, pero yo espero que por este medio una buena parte de la población italiana venga a ser salesiana y nos abra el camino para muchísimas cosas.»*

El celo clarividente preconizaba, bajo las banderas de la Institución Salesiana, un nuevo y providencial movimiento del laicado católico, que, al estímulo inquietante de las fuerzas del mal, y bajo la guía iluminada del Espíritu Santo, se preparaba para descender al campo con sus cuadros ordenados, formado en la acción, en la plegaria y en el sacrificio, uniéndose a las fuerzas de primera línea, a las que por divino mandato tocan la dirección y la parte más importante en la santa batalla.

Por fin, después de veinticinco años de lucha, triunfó el pensamiento de San Juan Bosco, aunque no lo parezca en la forma, pero sí en el fondo. Hacía un cuarto de siglo que él había luchado con este grito: «Los seglares han de participar en la santa batalla. El tiempo urge. El peligro está a las puertas, sobre todo en el sector *juventud*. ¡Ay de

quien, frente a la conjuración de las fuerzas del mal, cruce inactivo y pasivo los brazos!»

Este imperioso deber lo expresaba el Santo en Lyón el día 24 de abril de 1883, durante una reunión de elementos católicos de beneficencia, con estas palabras ardientes: «Afuera el dinero de vuestras carteras para cooperar a la educación de la juventud obrera, si no queréis que vengan un día a arrancároslo con las armas en la mano.

Y añadió con una sonrisa delicada y suave cadencia en sus palabras: «La salvación de la sociedad está en vuestros bolsillos.»

Características singulares

Esta Orden Tercera, que la Santa Sede aprobó y bendijo, tiene unas características especiales, completamente diversas de las de la Edad Media.

En aquellos felices tiempos de fe viva, el espíritu cristiano impregnaba todos los organismos del Estado, la ciudad, la familia, el gremio, la escuela; todas las instituciones eran cristianas. Por eso las Órdenes Terceras no tenían más finalidad que la oración y la penitencia. Pero en nuestros días va desapareciendo el espíritu cristiano, la corrupción se difunde de manera impresionante y las almas se hallan en peligros de perversión mil veces mayores. Por esto desde San Felipe Neri, San Francisco de Sales y San Francisco de Paula, tienen los apóstoles que soportar un trabajo agotador para salvar almas.

Por eso dice Don Bosco: «Los antiguos terciarios ponían la perfección cristiana en la piedad; los nuestros la ponen en el ejercicio de la caridad activa, especialmente en la salvación de la juventud.»

En otra ocasión se expresaba todavía más claramente: «En otros tiempos, cuando la sociedad vivía de fe, bastaba unirse para los ejercicios de devoción; pero hoy, además de la plegaria, que ja-

más ha de faltar, se impone trabajar y trabajar incansablemente si se quiere detener la catástrofe.»

Los Cooperadores son, por consiguiente, unos terciarios de acción, de una actividad multiforme y coherente, según el espíritu de los tiempos, las exigencias de cada lugar; hoy al servicio de la casa salesiana más vecina, mañana al servicio de la parroquia.

¿Y con qué lazos de unión? Con estos tres:

1. Una Cabeza, el Rector Mayor de los Salesianos. Un Delegado suyo en el Capítulo Superior y otro Delegado Inspectorial en cada una de las Inspectorías con Delegados locales en cada uno de los Centros de acción.

2. La vida espiritual que circula por los miembros de este organismo y que se nutre con breves plegarias cotidianas, el Ejercicio de la Buena Muerte una vez al mes, Ejercicios Espirituales una vez al año y dos conferencias anuales.

3. Finalmente un órgano formativo e informativo: el *Boletín Salesiano,* periódico mensual, que tiene a todos los socios al corriente de las actividades de las tres ramas de la Congregación en el mundo entero, nutriéndolos con las sanas doctrinas de la Iglesia.

Se publica en veinte lenguas acercándose a una tirada mensual de 700.000 ejemplares. La llama del apostolado selasiano que lleva en todas sus páginas caldea, de Oriente a Occidente, de Norte a Sur, el ímpetu de celo que llena todos los corazones, trabándose entre sí desde todos los confines de la Tierra. Una verdadera internacional cris-

tiana, que enlazando con otras del mismo espíritu evangélico, llegará a neutralizar la revolución *per arma lucis et caritatis.*

Vivimos las horas de frenesí de las grandes organizaciones que combaten por el dominio del mundo. Unas, ¡ay!, se agitan bajo el soplo de Satanás, de aquel a quien Jesús llamó un día *Príncipe de este mundo;* mas las otras, a Dios gracias, son creación del Espíritu Santo, y forman sus filas con indómito coraje para la suprema batalla, terribilísima batalla, que no dudan algunos en llamarla decisiva para la suerte de la humanidad.

Inspirada por Dios, la tercera rama de la Familia Salesiana, los Copoeradores, se desarrolla con prodigiosa actividad desde que fue aprobada por la Santa Sede hace setenta y cinco años.

Se trata de un ejército de más de un millón de seglares, esparcidos por todo el mundo, que contribuyen con el celo generoso y activo de sus almas ardientes a la salvación, sobre todo de la juventud, esperanza del mañana.

Todos los años crecen sus cuadros por las mismas exigencias del apostolado. Verdaderamente la necesidad sigue creando el órgano.

Se duplica el número

En el Reglamento de los Cooperadores, Don Bosco deliberadamente no había hecho mención del sexo femenino. Manifestó más tarde a sus íntimos que era su intención dar vida a un movimiento de Terciarias agrupadas en torno a la segunda rama de la Congregación, las Hijas de María Auxiliadora.

Pero el 4 de mayo de 1876 acaeció un hecho que modificó su proyecto.

Había ido a Roma para presentar a la aprobación definitiva el Reglamento de la Pía Unión de los Cooperadores Salesianos y obtener para ellos amplios favores espirituales.

Se imaginaba que Pío IX iba a firmar unos documentos de este género sin haberlos leído antes y anotado concienzudamente; se engañaba. No es éste el proceder de los Papas en negocios de tal importancia.

Pío IX leyó palabra por palabra todo el Reglamento de la Asociación, y quedó impresionado de una cosa que hizo observar en seguida al Siervo de Dios.

«¿Cómo se ha olvidado de incluir a las mujeres? ¿Por qué motivo no habla para nada de las Coope-

radoras? Ésta es una gran laguna. No, no; no debe excluir a nadie. Su Unión ha de comprender también a las mujeres. ¡Qué magníficos servicios han prestado ellas a la Iglesia de Dios en la evangelización de los pueblos! Basta descorrer el velo de la Historia para ver que las mujeres han estado siempre en vanguardia en las obras de caridad.

Hasta por inclinación natural son más benéficas, sacrificadas, emprendedoras y abnegadas que los hombres. Si se priva de ellas, se priva del mayor apoyo.»

Un deseo del Papa fue siempre para Don Bosco una orden. Por eso incluyó inmediatamente a las mujeres en la Pía Unión. Jamás tuvo que arrepentirse. Al contrario...

Y así, en el Breve Pontificio del 9 de mayo de 1876 que concedía la aprobación del Papa y otorgaba toda suerte de indulgencias a los Socios de la Pía Unión de Cooperadores Salesianos, se lee: *Ómnibus utriusque sexus chistifidélibus* (a todos los fieles de uno y otro sexo, que forman parte de la Pía Unión).

De un golpe, la Pía Unión, el grande ejército de los Cooperadores Salesianos, redobló sus efectivos. La otra mitad del género humano, redimida también por la sangre preciosísima de Jesús, entraba, introducida por el Papa, en esta movilización de seglares al sevicio de Dios y de la Iglesia. Y una vez más palpaba Don Bosco que obedecer al Papa es obedecer a Dios, porque han sido verdaderamente preciosos los servicios que las Cooperadoras han prestado a la Obra Salesiana.

Una de ellas fue doña Dorotea de Chopitea, en Barcelona, la cual demostró su heroísmo durante toda la vida, no sólo en el desprecio de los bienes materiales y en la caridad a favor de los menesterosos, sino en todas las virtudes cristianas; de tal modo que después de su muerte, acaecida el 3 de abril de 1891, se ha introducido su causa de canonización y esperamos verla un día en los altares.

Supo llegar hasta el fondo del espíritu de la Pía Unión de los Cooperadores Salesianos, haciéndose pobre con los pobres, niña con los niños, enferma con los enfermos... para ganarlos a todos a Cristo.

La predilección de seis Sumos Pontífices

Desde la fundación de la Pía Unión de los Cooperadores Salesianos, se han sucedido en la Cátedra de San Pedro seis Pontífices: Pío IX, León XIII, Pío X, Benedicto XV, Pío XI y Pío XII.

Sobre Pío IX nada tenemos que añadir a lo ya dicho. Sólo afirmaremos que puede muy bien ostentar el título de *Cofundador* de los Cooperadores Salesianos; porque fue no sólo el consejero de Don Bosco en este asunto, sino también el sostén. Él fue el primero que dio su nombre a la Pía Unión, quien la enriqueció con incontables indulgencias y favores espirituales, quien introdujo por iniciativa propia el elemento femenino. No sólo la aprobó, sino que quiso ser el primero de los Cooperadores Salesianos.

León XIII, su sucesor, tuvo frases de encomio para esta organización de seglares: «Quiero ser el primero de los cooperadores. Y no sólo cooperador, sino operador, porque los Papas no pueden desentenderse de estas obras de beneficencia. Si queremos que la sociedad se recristianice no hay más medio que la educación de la juventud pobre y abandonada.»

San Pío X figuraba ya en la lista de los Cooperadores mucho antes de subir al trono pontificio. Era Cooperador desde que fue Rector del Seminario de Treviso. Y con carta autógrafa del 17 de agosto de 1904 confirmaba a la gran Familia todos los privilegios y favores de sus predecesores y se complacía en recomendar vivísimamente a todos los cristianos, diócesis, ciudades y parroquias la Pía Unión de Cooperadores Salesianos.

Precisamente por esto, al iniciar el XII Congreso Internacional de los Cooperadores en Roma, celebró el Rvdmo. Rector Mayor, don Renato Ziggiotti, una Misa en el altar de San Pío X, de la Basílica de San Pedro.

Benedicto XV, cuando se celebró, en otoño de 1915, el Congreso Internacional de San Pablo (Brasil), escribió estas elogiosas palabras que demuestran cómo sabe marchar siempre a la vanguardia la tercera familia salesiana: «Es un timbre de gloria para vosotros haber comprendido vuestro tiempo, haber elegido las armas adecuadas para combatir al adversario, dado el carácter particular de la dura lucha que debéis soportar. Así, a ejemplo de cuanto hace nuestro enemigo, enemigo de la religión, enemigo de la civilización, que ruge por destruir, si posible fuera, a la misma Iglesia de Dios, vosotros habéis creído necesario organizar frecuentes Congresos de Cooperadores, para intercambiar ideas, unir esfuerzos y combatir con armas iguales a las del adversario.»

Pío XI, el grande y enérgico Papa, que siendo joven sacerdote tuvo la suerte de conocer y con-

vivir con el Santo de Turín, escrutando y penetrando los más profundos secretos del alma del grande educador, que lo proclamó Beato y luego Santo, fue tal vez el Papa que dio juicio más significativo sobre la Pía Unión, llamándola «primero y notable esbozo de Acción Católica», entendiendo con ello proclamar la universalidad y actualidad de esta organización de seglares.

En cuanto al Papa, gloriosamente reinante, Pío XII...

Bajo la logia papal de Castelgandolfo

Pío XII, en los anales de la Pía Unión de Cooperadores Salesianos, será siempre el Papa que entre otros mil méritos, ha tenido el de redactar su *Carta Magna.*

Él ha resumido con mano maestra el pensamiento del Fundador, lo ha analizado, precisado y, sobre todo, ha colocado a este dinámico ejército de seglares al lado de la Acción Católica, la única capaz de oponer dique infranqueable al oleaje amenazador de la revolución.

Lo ha hecho en una circunstancia memorable, en la clausura del XII Congreso Internacional de los Cooperadores Salesianos que se celebró en Roma en los días 11, 12 y 13 de septiembre de 1952 (1).

Entre las ponencias desarrolladas ante dos mil congresistas, dos resultaron particularmente gratas al corazón del Padre Santo: la 2.ª *El sistema edu-*

---

(1) Los otros once se celebraron en las siguientes ciudades: Bolonia, 1895; Buenos Aires, 1900; Turín, 1903; Lima, 1906; Milán, 1906; Santiago de Chile, 1909; San Pablo (Brasil), 1915; Turín, 1920; Buenos Aires, 1924; Turín, 1926; Bogotá, 1930.

cativo de Don Bosco y la 4.ª *Cooperación al apostolado de la Iglesia.*

Fue esto, sin duda, lo que hizo que convocara aquella masa de dos mil congresistas en Castelgandolfo, su residencia veraniega, a treinta kilómetros de Roma, para darles de viva voz la consigna del momento histórico, como Cabeza de la Cristiandad.

La tarde del 12 de septiembre fue encantadora bajo todos los aspectos. Cielo límpido, de azul perfumado; brisa tibia y suave. La audiencia pontificia estaba fijada para las 17'30; a las 16, decenas de autopullmans partían de Roma y de los pintorescos castillos romanos de Genzano, Frascati, Lanuvio para llegar a las 17 a la Villa Papal, en lo más alto del pueblecito que se mira en el espejo del Lago Nemi, el de las aguas plácidas y soñadoras.

Hacía meses que su empinada carretera no había sentido el paso de muchedumbre semejante. ¡De dos mil a tres mil personas! ¿Dónde hallar un salón para recibir a tante gente?

Solamente el patio interno de la Villa Papal podía contenerla. Y allí se fueron colocando, agrupados bajo los correspondientes letreros. Muchos venían de lejos, para vivir la alegría de aquella hora, contemplar al Papa, ver, sentir, aclamar al dulce Cristo en la Tierra y postrarse a recibir su bendición.

En menos de un cuarto de hora el patio quedó literameltente abarrotado.

La memorable audiencia papal

A las 17'15 las puertas del balcón del Papa se abrieron y los Camareros extendieron sobre la barandilla el tapiz de circunstancias ante la curiosidad de la muchedumbre que se agitaba por la expectativa de la inminente audiencia.

Finalmente, a las 17'30 en punto, apareció la alta figura del Papa, delgado, transparente, con aquella su mirada intensamente vívida tras el cristal de las gafas, paseando sus ojos dulces sobre la multitud de la imponente asamblea que se agitaba a sus pies.

Estalló entonces un huracán de aplausos y vítores. Era el delirio de la muchedumbre electrizada que en la figura del venerable anciano del Vaticano aclamaba, vitoreaba y ensalzaba a voces a Cristo a quien él representa.

Pío XII dejó que el torrente de entusiasmo se desbordase por unos momentos; y luego, con un gesto apacible y amable de su diestra lo contuvo y empezó a hablar.

El texto íntegro de cuanto dijo lo hallará el lector al fin de esta obra. Daremos aquí únicamente las cinco grandes ideas, resumen del brillante discurso que el Papa leyó sobre las últimas pruebas

de *L'Osservatore Romano* que lo iba a publicar aquella misma tarde.

Desde los primeros momentos tocó el problema que más le preocupaba: la Acción Católica, complaciéndose en hacer resaltar cómo Don Bosco no sólo la había presentido con prodigiosa anticipación, sino que había intentado crearla.

Precisó luego que el campo específico asignado por el Santo Fundador a la Pía Unión es sobre todo el cuidado de la juventud.

Juventud que se conquista no sólo consagrándose a su servicio, sino con el esplendor de la vida cristiana y la eficacia del ejemplo.

En otros tiempos, cuando se vivía íntegramente la fe, las Órdenes Terceras tenían como objetivo la piedad y la penitencia.

En nuestros días, en cambio, es necesario darse a la acción. Así lo quiso el Fundador. Pero no se puede olvidar la plegaria. Insistió en la sólida formación piadosa, porque si los antiguos terciarios corrían el peligro de olvidar la acción por la oración, los Cooperadores pueden correr el peligro de dejar la oración por la acción, apagando la llama de Dios en el apostolado.

Concluyó el discurso encomiando la actividad y la vitalidad de la *tercera familia salesiana*, y la oportunidad de su misión, augurando una sociedad mejor, por obra también de los Cooperadores Salesianos diseminados en todos los estratos de la sociedad en la que inyectaban la sal del Evangelio contra el materialismo.

Terminada la lectura, advirtiendo el Papa que

había cooperadores de distintas nacionalidades, hizo un breve resumen en francés, inglés, alemán, español y portugués. Es fácil imaginar la alegría de todos al oirlo en su propia lengua.

Al final dio su paterna bendición, a la cual siguió un *Amén* compacto y devoto seguido de una delirante ovación.

Sonaba el Ángelus en la Parroquia de Castelgandolfo, regida por los Salesianos, y todavía oía el Papa los vítores de la muchedumbre.

Más de tres veces tuvo que salir al balcón aclamado incesantemente por aquella masa ferviente, que tributaba al Padre común todo el volcán de su amor, de su fe y adhesión inquebrantable.

Salió luego la marea humana, buscando entre los centenares de vehículos cada cual el suyo, y desfiló por las calles de Castelgandolfo aquella riada humana.

Era un hermoso atardecer de otoño romano, tibio y perfumado. Tiempo paradisíaco. Tramontaba lentamente el Sol tras la franja violácea de las Colinas Albanas. Atravesaban el agro romano, festoneado de sus joyeles —Genzano, Frascati, Albano—, columnas de peregrinos que no cesaban de cantar; tanta era la emoción de aquella audiencia memorable, y sobre todo la alegría de haber oído sancionar de nuevo por los augustos labios de la Cabeza visible de la Iglesia, su gran Pía Unión concebida setenta y cinco años antes con tanto dolor.

Don Bosco, sin duda, sonreía desde el Cielo.

La Carta Magna del apostolado de los Cooperadores Salesianos

Discurso de S. S. el Papa Pio XII a los representantes de la Pia Unión que participaron en el Congreso Internacional de Roma y en la grandiosa audiencia pontificia de Castelgandolfo el 12 de septiembre de 1952.

La visita que hoy recibimos de una tan amplia representación de la gran Familia Salesiana —los Cooperadores y Cooperadoras de la valerosa milicia de San Juan Bosco— es uno de los rasgos delicados dispuestos por la Providencia divina para situarnos una vez más ante uno de los deberes más graves y más caros a nuestro corazón, que constituyen los cuidados de todos los días *instantia quotidiana* (2 Cor., 11, 28) de nuestro apostólico ministerio.

Tal deber, al que nuestro ánimo se somete asiduamente, pero al que hoy nos llama todavía con más viveza vuestra presencia, se refiere a aquella próvida Acción Católica, de la que los Cooperadores Salesianos son auxiliares eficacísimos.

Los Cooperadores Salesianos, precursores y auxiliares

No ignoráis, amados hijos, que vuestra Pía Unión brotada en la prolífica cepa de la familia religiosa de San Juan Bosco y partícipe de su multiforme actividad y de sus bienes espirituales, no tiene por fin inmediato suyo venir en auxilio de la Congregación cuyo apellido tomáis, sino más bien, como declaró vuestro Santo fundador, «prestar ayuda a la Iglesia, a los obispos, a los párrocos, bajo la alta dirección de los Salesianos; y esto, en las obras de beneficencia, como los catecismos, la educación de los niños pobres y otras semejantes.

Apóstol nato y suscitador de apóstoles, Don Bosco adivinó, ahora hace un siglo, con la intuición del genio y de la santidad, aquella que debía ser más tarde en el mundo católico la movilización del laicado contra la acción del mundo, enemigo de la Iglesia. Así, un día del lejano 1876 el hombre de Dios, hablando de sus Cooperadores, pudo expresar estos audaces pensamientos: «Ahora parece una cosa de poca monta, pero yo espero que por este medio una buena parte de la población italiana venga a ser salesiana y nos abra el camino para muchísimas cosas.»

El celo clarividente preconizadaba, bajo las banderas de la institución salesiana, un nuevo y providencial movimiento del laicado católico, que, al estímulo inquietante de las fuerzas del mal, y bajo la guía iluminadora del Espíritu, se preparaba para descender al campo con sus cuadros ordenados,

formado en la acción, en la plegaria y en el sacrificio, uniéndose a las fuerzas de primera línea, a las que por divino mandato tocan la dirección y la parte más importante en la santa batalla.

Urge mucho la cooperación salesiana

Íntimamente impregnados del espíritu salesiano, vosotros entendéis bien, amados hijos, cuán estrechas son vuestras relaciones con el conjunto de aquellas obras sostenidas y promovidas por el laicado católico en ayuda de la Jerarquía, según los diversos tiempos, lugares y circunstancias, y cuánto podemos contar con vuestra cooperación. La Acción Católica tiene derecho a esperar mucho de vosotros en el campo de la caridad, de la beneficencia, de la buena prensa, de las vocaciones, de los catecismos, de los oratorios festivos, de las misiones, de la educación de la juventud pobre y en peligro. Éste es el fin principal que el alma ardiente de Don Bosco confiaba a vuestra actividad, y el señalarse en este campo ha sido siempre, hasta ahora, vuestra gloria.

Hoy este deber y esta aspiración son, como veis, de una urgencia que supera las previsiones mismas de vuestro Fundador. El mundo católico es como no lo ha sido nunca, el campo de batalla de todas las fuerzas del mal; y la juventud, es decir, el mundo de mañana, es el objetivo predilecto de estas fuerzas coaligadas, que, una vez conquistado, garantiza la victoria.

Si en las angustias del presente es deber impe-

rioso nuestro renovar sin descanso el grito de alerta, llamar a filas, despertar a los soñolientos y a los inconscientes, alentar a los voluntarios, «predicar la palabra, insistir a tiempo y a destiempo, reprender, suplicar, exhortar» (cfr. 2 Timoteo, 4, 2), también es deber estricto de todos nuestros hijos no desertar de la arena, sino hacer honor con los hechos a la milicia cristiana que solemnemente profesan.

En la empresa están comprometidos, con nuevo y explícito enrolamiento, los inscritos en la Acción Católica, y vosotros, que en el nombre mismo lleváis la consigna —cooperar—, vosotros sois, a la sombra de la Familia Salesiana, la milicia ligera, los adelantados de la causa del bien; esparcidos por todas las clases sociales y expuestos a las más variadas circunstancias, trabajáis con la vida, con la palabra, con la acción, por reparar ruinas, prevenir males, sembrar en las almas gérmenes de verdad, de virtud, de fe, de religión y de piedad.

Vida ejemplar, lo primero

Ante todo con la vida —decimos—, vosotros, hijos, debéis luchar la buena batalla espiritual, a la sombra del Instituto del que sois feliz brote. Porque en este género de actividad no cuenta tanto el hacer, el moverse, el agitarse en todos los sentidos, cuanto la ejemplar conducta cristiana, que en el seno de vuestras familias y de la sociedad de que sois miembros, rinde el testimonio de los hechos a vuestro multiforme apostolado.

Tan en contradicción está en todas sus partes, con las opiniones, la lógica y las costumbres del mundo, el mensaje confiado por el Divino Maestro a este apostolado, que los suyos no pueden pensar en cumplirlo eficazmente por el simple hecho de su acción exterior. La sociedad pagana o paganizante que lo recibe, tanto en la colectividad como en cada uno de los individuos, aun convencida y maravillada, no puede menos de quedar perpleja si el apóstol dice y no hace; y hasta en el caso de que el efecto de su apostolado no sea para ruina, sino para edificación, el mundo seguirá considerando como utopía o cosa de unos pocos elegidos la ordenación efectiva de la vida siguiendo las normas de la fe y de la moral cristiana.

Vida, pues, ejemplar en todos los sentidos debe ser la vuestra, amados hijos, para que la cooperación a la que estáis consagrados no resulte una simulación, antes produzca frutos de bien, cualquiera que sea el campo sobre el que debe aplicarse. La fuerza irresistible de toda forma de apostolado cristiano es la piedad, de la que San Pablo dijo que «es útil para todo y tiene la promesa de la vida presente y de la futura» (1 Tim., 4-8).

Piedad y acción, hermanadas

La piedad es de suyo el primero y grande apostolado en la Iglesia de Jesucristo, y quien pretendiese, sacrificándola a la actividad exterior, reducir su culto o tenerla en menor estima, mostraría escasa o ninguna inteligencia de la esencia del

Cristianismo, de su núcleo sustancial, que es la unión del alma con Dios en el amor activo y obediente.

Insistimos sobre este grave asunto, queridos Cooperadores y Cooperadoras, para que no olvidéis, sino que tengáis continuamente presente en vuestro espíritu la clave del éxito feliz de vuestra actividad de eficaces auxiliares en la milicia de la Jerarquía católica. Os han llamado —y sois en realidad— Tercera Orden Salesiana, del modo mismo que tienen sus terciarios otros institutos y órdenes religiosas, con la diferencia de que en éstos se pone más en evidencia el elemento «piedad», y en vosotros el factor «caridad». Ahora bien, como peligra en los primeros, que junto al elemento principal, la plegaria, no se conceda suficiente campo a la acción, en vosotros hay el riesgo de que, por el contrario, la acción apague la llama de la oración, y faltando ésta, la acción sin alma queda expuesta a los caprichos de las pasiones y al proceso de disolución.

Pensad, por tanto, amados hijos, cómo la urgencia misma de vuestro múltiple trabajo que hoy, por decirlo así, os reclama angustiosamente la Iglesia, os obliga al más celoso cuidado de vuestra vida interior. De aquella vida a la que proveyó tan bien la sabiduría del Santo de la acción, dictándoos a vosotros, lo mismo que a su doble familia de Sacerdotes Salesianos e Hijas de María Auxiliadora una regla de vida espiritual, ordenada a formaros, aunque sin vida común, en la religiosidad interna y externa de quien seriamente hace propio, dentro

del recinto de su mundo familiar y social, el trabajo de la perfección cristiana, que es el más excelso de todos.

Cooperadores, dulce esperanza del Papa

Al llegar aquí dejad, queridos hijos, que nuestro espíritu paternal, consciente de su tremenda misión de Vicario de Cristo, se alce, con una esperanza que no será confundida, a la contemplación de una sociedad —diseminada en todas sus clases, profesiones, empleos, oficios— de hombres y de mujeres que actúen el ideal salesiano plenamente, con fe, constancia y amor en medio de este mundo de los distraídos, de los superficiales, de los débiles, de los escandalosos de todo nombre. «Sal de la tierra» que penetre, con el ardor de la fe vivida, en todos los rincones de la familia y de la sociedad civil; este ideal, afirmado con la fuerza de la mansedumbre evangélica que nada busca, nada teme de los hombres y de las cosas, ¡de qué magnífica, aunque lenta transformación de corazones, no será capaz a largo plazo!

Cooperadores y Cooperadoras de la grande y compleja Obra Salesiana, que en la fecha jubilar de vuestra fundación volvéis a los orígenes y recorréis la historia de tan fecundo movimiento, vosotros, más que otros muchos, bendiciendo al Señor del gran bien realizado por vuestro medio, debéis hoy recordar, sobre todo, vuestras responsabilidades y el compromiso que os liga frente a Dios y a los hombres de colaborar en el establecimien-

to y en la difusión del reino de Dios sobre la Tierra.

Satisfecho Nos mismo, y contento del bien que sembráis y de los frutos que recogéis, todos nuestros augurios en esta fausta circunstancia son por un mayor incremento de vuestra Pía Unión en número y en fervor. A este fin imploramos sobre ella la más amplia efusión de la divina gracia. Y mientras pedimos al Señor que el celo activo de los Cooperadores y Cooperadoras no pierda nunca nada de su vigor, y que vuestra institución, bajo los auspicios de María Auxiliadora y San Juan Bosco, florezca siempre en obras y en espíritu, impartimos de todo corazón a sus dirigentes, a sus miembros, a todas sus santas empresas, la bendición apostólica.